



Pablo d'Ors  
**Sendino se muere**



Galaxia Gutenberg

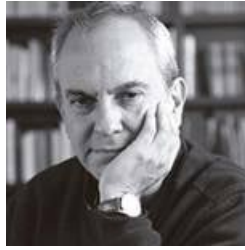
# **SENDINO SE MUERE**

**PABLO D'ORS**

PABLO d'ORS

# Sendino se muere

Galaxia Gutenberg



«Soy médico -escribió la doctora África Sendino-; he metido las manos en la masa del sufrimiento con la noble intención de aliviarlo. Y si he tenido el privilegio de tocar en otros cuerpos tanto dolor, ¿cómo no permitir que otros lo toquen en el mío? Gracias a esta enfermedad que sufro he comprendido que compartir el dolor no significa simplemente asumir el dolor ajeno, sino también repartir el propio. Yo tengo sufrimiento, de acuerdo. Puedo repartirlo o guardarlo para mí. He decidido entregarlo. Y al decidirlo he comprendido que es así como se alivia y que para eso -para entregarlo- existe.»

Durante su convalecencia, la doctora Sendino fue tomando notas sobre su experiencia de la enfermedad, de cara a un libro que deseaba escribir. Ante la inminencia de su muerte, le pidió a Pablo d'Ors que le ayudase a culminar esta tarea. El autor, que le atendía espiritualmente, rescata sus anotaciones y las contextualiza en una vida que no duda en calificar de ejemplar. Un testimonio sobre lo que al final de verdad importa. Un texto sin concesiones, tan escueto como directo al corazón. Un relato necesario sobre una muerte que da vida.

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
[info@galaxiagutenberg.com](mailto:info@galaxiagutenberg.com)  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: febrero de 2020

© Pablo d'Ors, 2012, 2020  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Imagen de portada:  
*Sin título*, Paul Klee, c. 1919  
Acuarela y gouache sobre tela y cartón, 18,5 × 24,3 cm  
Localización desconocida

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-17971-94-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la memoria del médico y dibujante  
Juan Pablo d'Ors, mi padre*

He dedicado mi vida a ayudar a los demás,  
pero no he podido marcharme de este mundo  
sin dejarme ayudar por ellos.  
Dejarse ayudar supone un nivel espiritual  
muy superior al del simple ayudar.  
Porque si ayudar a los demás es bueno,  
mejor es ser ocasión para que los demás nos ayuden.  
Sí, lo más difícil de este mundo  
es aprender a ser necesitado.

DRA. ÁFRICA SENDINO

## I

«-¿Puedo comentarte algo? -le dije a J. C. D.; y, antes de que pudiera reaccionar-: Tengo un cáncer de mama.

»-¡Todavía estará por confirmar! -me respondió él.

»-No -le repliqué y, sosteniéndole la mirada-, ya está diagnosticado.

»No quiso rendirse a los hechos hasta que le demostré que ya tenía hora para hacerme un estudio de extensión. Como tantos de los que más tarde serían informados, J. C. D. no aceptó la dimensión de la noticia.»

Así es como comienza el diario de la doctora África Sendino, quien, a la hora de morir, alcanzó un comportamiento que no dudaría en calificar de «ejemplar», un adjetivo que, en este caso, no sólo considero justo o apropiado, sino exacto.

En las notas que siguen, Sendino relata cómo se vistió tras haberse enterado de aquella terrible noticia, y cómo salió del laboratorio con aquel nuevo peso que comenzaba a gravitar sobre su vida. Desde aquel momento se inició para ella un intenso y prolongado diálogo con su Dios: «Fui a la capilla de Traumatología y me arrodillé -escribe-: Señor, recé, sólo se me ocurre decirte que lo que me toque vivir a partir de ahora quiero que sirva para tu mayor gloria. Tú sabrás el camino que inicias. Tú sabrás adónde me conduces».

Tuve el honor de conocer y frecuentar a Sendino durante las últimas semanas de su vida. En el hospital todos la llamaban por su nombre de pila -África-; para mí, en cambio, Sendino fue Sendino desde el mismo día en que, al poco de conocerla, escribí en mi cuaderno de notas: «Sendino se muere». Estas tres palabras parecen el título de una novela; pero esto no es una novela ni puede serlo -por mucho que habría podido escribirse una (al estilo, por ejemplo, de *La muerte de Iván Illich*, de Tolstói) con buena parte de las experiencias que tengo la intención de recoger aquí. Además, lo que la propia Sendino quiso que ofreciera en su nombre al mundo fue algo así como un testimonio, lo más fidedigno posible, de su vivencia de la enfermedad. Y todos estamos obligados a respetar las últimas voluntades de nuestros muertos. Este escrito se justifica sólo por esta voluntad, y esto conviene dejarlo claro desde el principio: no me guía ninguna otra pretensión; escribo porque así se me pidió. Y me gustaría comenzar haciéndolo con esta afirmación: si es cierto que los últimos días y hasta las últimas horas en la vida de una persona simbolizan bien lo que esa persona ha sido o querido ser, entonces debo pensar que Sendino era lo que en el catolicismo se entiende por santo.

Como es lógico, esto no significa que todo en ella fuera perfecto o que Sendino careciera de esas fallas o lacras que caracterizan a los mortales y sobre las que cabría atribuirle alguna



responsabilidad. Yo acepté a Sendino con estas presuntas deficiencias o imperfecciones, y es así, en todo caso, con ellas, como me pareció -y ello casi desde el momento en que la conocí- un ser muy especial. Este calificativo, *especial*, se transformó pronto en *admirable*; y el *admirable*, con el tiempo, pasó a *insigne*. Y no lo digo porque su figura haya quedado engrandecida en mi recuerdo tras su muerte, como tan a menudo nos sucede con los difuntos. Resulta fácil encontrar virtudes a quienes ya no están en este mundo. Casi se diría que lo necesitamos para justificar su biografía, tantas veces lamentable o, al menos, triste y mediocre. Lo que a mis ojos hace grande a Sendino, en cambio, no es la muerte sino el morir, el modo de morir.

Quizá convenga saber que trabajo como capellán de un hospital desde hace algunos años y que, como no podía ser menos, en dicha institución sanitaria he tenido la oportunidad de atender a muchos enfermos y moribundos. Me han requerido en incontables ocasiones para administrar la unción de los enfermos, por ejemplo, o para escuchar en confesión a quien quería reconciliarse antes de someterse a una importante intervención quirúrgica, o incluso para la llamada recomendación del alma y despedida del cadáver. Informo sobre todo esto sólo para dejar claro que, por mi actual ocupación, son muchos los enfermos terminales que han pasado ante mis ojos y por mis manos sacerdotales; y que de este modo he podido constatar cómo suelen morir los hombres: inconscientes, atormentados, tranquilos, angustiados... Ninguno como Sendino. La muerte de Sendino destaca en mi corazón sobre todas las demás. Y no porque fuéramos amigos -pues no creo que la relación que mantuvimos pueda calificarse de este modo-; ni porque tuviéramos una particular afinidad. No, Sendino y yo éramos muy diferentes, y aunque compartíamos la fe cristiana, nuestra forma de vivirla y nuestra sensibilidad religiosa eran muy distintas. La suya, con toda seguridad, incomparablemente más firme y meritoria que la mía. Remarco esta no afinidad emotiva e intelectual para dar a mi texto, en lo posible, una cierta neutralidad con la que espero que se incremente su valor.

Entré por vez primera en la habitación de Sendino, la 305-D de Oncología, en el mes de mayo de 2008, si las fechas de mi diario no me engañan.

Lo que primeramente me llamó la atención en ella -pues era lo más visible- fue su compostura. Sendino estaba acostada con dignidad, casi me atrevería a decir que con elegancia. Y es que hay enfermos a quienes se ve acostados de cualquier manera: con su cuerpo desmadrado e informe, o tenso, o abandonado a su suerte y como preparado para la rendición final. El cuerpo de Sendino no. Ni siquiera cuando su declive físico estuvo en su nivel más alto, llegó a perder su porte. En sus movimientos -nunca bruscos- siempre hubo armonía. En la postura que finalmente asumía, aun en medio del dolor, había esa firmeza y flexibilidad que hacen que un cuerpo humano pueda ser calificado de hermoso. Sí, Sendino era hermosa: tenía una mirada franca y limpia, una sonrisa tímida y amable -nunca coqueta-, una piel blanca y tersa, unas manos gráciles -aunque grandes- y una feminidad totalmente natural, nada impostada o estudiada y, por eso quizá, tan encantadora como desconcertante.

Su forma de vestir, por otra parte, aunque fuera con un simple camisón y unas zapatillas, era siempre cuidada, nunca afectada. La colcha o sábanas con que se cubría, siendo las comunes del hospital, estaban siempre perfectamente dobladas. Pero -repito-, no con esa rigidez propia del perfeccionista o del maniático del orden, sino flexiblemente, amablemente. Aunque uno entrara a verla con cierta prisa, había algo en aquella habitación (ahora entiendo que era la compostura de

la enferma, su aura quizá) que invitaba a tomar asiento frente a ella y a quedarse a su vera al menos unos minutos. Así pues, el cuerpo de Sendino era femenino pero asexuado, elegante sin afectación, flexible pero no amorfo, terso, pero no rígido.

Lo segundo que más llamaba la atención en Sendino era su manera de hablar. Aunque no me dijo que era médico, desde el principio supe que se trataba de una persona culta. No lo digo, como es obvio, por los tecnicismos médicos que, ocasionalmente, salpicaban su discurso, sino por la inusual corrección de su expresión hablada. Sendino no era como la inmensa mayoría de nosotros, que en el lenguaje hablado dejamos buena parte de las frases sin terminar, dando mucho por sobrentendido o montando una idea sobre la otra, con la intención de no dejar ninguna sin decir. No. Tanto en el léxico, de gran precisión, como sobre todo en la sintaxis, rica y hasta compleja, Sendino cautivaba a quienes la escuchábamos. Nunca asistí a ninguna de sus clases de medicina, pero estoy convencido de que tuvo que ser una excelente profesora.

Exponía sus ideas, además, de forma muy sistemática y concienzuda; quizá demasiado analítica, lo que en algunos casos podía hacerla parecer prolija. Pero ella misma se percataba de su prolijidad, y no eran pocas las ocasiones en que se reprimía. Le vencía el deseo de ser didáctica. Supongo que sentía una auténtica pasión por la enseñanza. También por aprender (y esto resulta particularmente loable en quien tanto sabía), y ello tanto en el campo sanitario, que fue en el que se formó, como en el más específicamente cristiano, que fue del que bebió para nutrirse por dentro. De modo que cuando yo entraba en su cuarto sabía que iba a asistir a una especie de lección magistral. Sendino iba a explicarme su estado de salud con todo detalle, pues a ella no le bastaba un simple «bien» o un «regular» (nunca me confesó que se sintiera verdaderamente mal). «Si alguien me pregunta cómo estoy -me comentó un día-, imagino que realmente desea saberlo.» De forma que describía sus síntomas, los derroteros que había tomado su última conversación con los médicos, las hipótesis más plausibles que se habían abierto, las terapias más convenientes que le habían propuesto y sus contrapartidas, el pronóstico previsible y, en fin, otras tantas particularidades sobre las que ella se extendía sin recato. No se debía preguntar a Sendino cómo se encontraba si es que realmente no se deseaba ser informado.

Lo tercero que más llamaba la atención de esta enferma (y hablo de un tercer lugar por ser lo menos visible de forma inmediata) era su altísimo nivel espiritual. Claro que ya su compostura y lucidez testimoniaban la excelencia de su interioridad, pues no hay cuidado del alma que no termine por redundar en el cuerpo y en la inteligencia. Pero, en el caso de Sendino, a este nivel espiritual sólo se accedía tras varias conversaciones. ¿Por qué? Por discreción, pues Sendino vivía su fe religiosa con una reserva exquisita, casi diría que con pudor. Esta ha sido una de las virtudes que he valorado más en ella. Porque no es que escondiera al Cristo que la sostenía; no es que ocultase los signos religiosos que -para quien quisiera verlos- podían distinguirse en su habitación (un libro de piedad y el rosario en la mesilla de noche, una estampa pegada en la pared...). Era que todos aquellos objetos de culto estaban ahí sin ostentación ni vergüenza, sino con amable naturalidad. Quizá la discreción fuera uno de los rasgos preponderantes de la espiritualidad que Sendino profesaba, lo ignoro. El caso es que si lo religioso brotaba de sus labios era porque de esos labios no podía brotar, en ese momento, más que lo religioso. Lo religioso no era en ella un exabrupto más o menos impertinente, como sucede en los creyentes inmaduros; lo religioso no era en ella una ideología. Todo lo contrario: lo religioso era en

Sendino la conciencia misma, pero elevada a su más sencilla y bella expresión; era, en fin, lo que yo siempre he intuido que tenía que ser, y que en ella podía percibirse final y logradamente realizado.

Con todo esto estoy entrando ya en lo que esta mujer, doctora y enferma, logró despertar en mí. Yo me lo pensaba bastante antes de entrar en su habitación. Sabía que del encuentro con Sendino no saldría como del encuentro con cualquier otro enfermo; sabía que el paso que entonces diéramos en nuestra relación de enferma-capellán marcaría los siguientes, y que yo debía estar a la altura de este desafío (¡como si algo así hubiera sido posible!). Así que caminaba cauteloso por el pasillo de Oncología hasta llegar a la habitación 305, a cuya puerta llamaba respetuosamente, si la encontraba abierta; casi podría decir que deseaba que nadie me abriera o contestara. Sendino, sin embargo, me recibía siempre: interrumpía lo que estuviera haciendo y me invitaba a entrar. No era por simple deferencia a mí, naturalmente, sino a mi sacerdocio: un ministro del Señor había venido a verla -pensaría- y ella no debía hacerle esperar.

Yo solía situarme a su lado fingiendo un aplomo del que carecía; decía dos o tres frases de compromiso para simular seguridad; pero luego me sentaba en la sillita que Sendino había dispuesto para sus visitas, frente a su butaca, y allí, al tenerla tan cerca, comprendía que una vez más Dios mismo me quería decir algo y, en esta ocasión, por medio de esa mujer. La Palabra de Dios siempre me ha escocido, seguramente por la dolorosa inadecuación entre lo que Ella me pide y lo que yo estoy dispuesto a dar. Así que allí estaba yo, en aquella sillita, embargado por una extraña sensación: había acudido para ayudar a una enferma, pero era ella, en cambio, quien me iba a ayudar a mí. Se trataba de la experiencia sacerdotal por excelencia, la más alta cumbre del evangelizador: los pobres nos evangelizan.

Ha transcurrido ya bastante tiempo desde que no veo en el enfermo simplemente al pobre hombre o a la pobre mujer a quien hay que consolar. En cada enfermo descubro más bien la «enfermabilidad» que caracteriza a la condición humana y, en ella, mi propio futuro de enfermo y moribundo. Sí, también yo caeré enfermo algún día, también yo me moriré. El enfermo al que visito y ante quien estoy, por tanto, no es otro: soy yo. Como yo me comporte con él, así se comportarán conmigo. Todos los enfermos ponen ante mí un espejo, de modo que en su rostro veo el mío. Es un rostro demacrado, devorado por la fiebre o ausente por la morfina, un rostro crispado o aliviado, esperanzado, temeroso...: el mío, siempre el mío. En una guardia de hospital veo mi propio rostro en los enfermos muchas veces: irreconocible a primera vista, claro, pero indudablemente el mío si lo miro como pide ser mirado.

Me costó ver mi rostro en el de Sendino, pero ahí estaba; lo reconocí cuando dos lágrimas, primero una y luego otra, se deslizaron por sus mejillas. Se deslizó luego una tercera, y una cuarta algo después, y todas por el ojo derecho, como si el izquierdo lo tuviera seco y por ahí no pudiera llorar.

También vi mi rostro en el de Sendino cuando me percaté del modo en que ella miraba la lámina que tenía frente a su cama. Era una estampa de la Anunciación, de Fra Angélico, y la había colgado con una cadenita del soporte del televisor. Sendino no veía la televisión, contemplaba aquella estampa. Cuando creía que nadie reparaba en ella, dirigía hacia esa lámina miradas arrebatadas, arrebatadoras.

-*Fiat* -me susurró una vez, al percatarse de que había sido descubierta en uno de esos momentos de intimidad con su Señor.

Dos meses antes -según supe después- ella había peregrinado a Nazaret, donde la Virgen pronunció su propio *Fiat*. Ahora a Sendino se le ofrecía la oportunidad de adherirse a ese *Fiat* original, y de prolongarlo en la historia.

-*Fiat* -le respondí yo, y ambos callamos entonces durante unos segundos mágicos e inefables.

Sendino vivió su enfermedad en clave de Anunciación. Como la Virgen María, también ella dio a luz una criatura: en virtud de la gracia, Sendino se alumbró a sí misma para la eternidad. Y yo soy testigo.

## II

-Me han pedido que escriba cómo vivo esta enfermedad -me comentó Sendino después de varias conversaciones-. Todos me insisten en que lo haga -recalcó y, finalmente, sin atreverse a mirarme a los ojos-, ¿podrías ayudarme?

De algún modo sabría Sendino que yo tenía algunos libros publicados y -o eso imagino- es probable que pensara que mi presencia en el hospital era para ella providencial, al menos en este sentido.

Antes de acceder a su propuesta, quise saber con exactitud a qué tipo de ayuda se refería. Sendino me habló entonces de las muchas notas que había tomado a propósito de su enfermedad, y ello tanto desde el punto de vista médico-técnico de los cuidados paliativos, en que se había especializado, como del más estrictamente cristiano y espiritual. Me confesó también en aquella circunstancia -y sus ojos se nublaron al hacerlo- lo utilizada que se había sentido en ocasiones por personas cuya intención no juzgaba, pero que habían querido ponerla a ella, no siempre con su plena aprobación, como ejemplo de un proceso de deterioro o decadencia física vivido desde la fe.

Enseguida me pasó los textos de algunas de sus conferencias, dictadas en distintas instituciones, y no tuvo ningún reparo en que me llevara en soporte informático bastantes páginas de su diario, en el que había escrito de forma bastante inconstante e irregular.

-Mira a ver si con todo esto se puede hacer algo -me rogó.

-Dentro de una semana te daré mi opinión -prometí-. Y ya te diré entonces si puedo ayudarte y cómo en la escritura de tu libro.

Sendino se quedó tranquila; me pareció que se había quitado un peso de encima.

Debo advertir aquí que la impresión que me produjeron los textos que Sendino me entregó a principios de junio fue decepcionante. En primer lugar, porque Sendino, aficionada al sistema de recortar y pegar que ofrecen algunos programas informáticos, utilizaba muchas de las ideas de sus conferencias para otras charlas o alocuciones, y ello sin apenas cambios ni elaboración, de resultas que el volumen del material era bastante menor al esperado. Pero decepción también porque la habilidad y hasta elocuencia de la que Sendino hacía gala en su expresión oral (la riqueza de léxico antes reseñada, su admirable sintaxis...) se perdían, por paradójico que parezca, en la escrita. Sí, aquellos textos eran pobres y fragmentarios. La imagen que daban de la realidad que intentaban recoger era borrosa y hasta injusta. Sendino era mucho más esplendorosa e intensa de lo que reflejaban sus papeles.

Pude rescatar, sin embargo, unas cuantas ideas hermosas. Por su originalidad y frescura, por su

autenticidad, por la fuerza y fecundidad que escondían, estimé que aquellas pocas ideas serían buenos gérmenes para un futuro libro. Este texto, *Sendino se muere*, es un eco de algunas de aquellas ideas. Pero ninguno de los pensamientos de la doctora (demasiado deslavazados e inconexos como para que, por sí mismos, pudieran conformar una obra) ha sido tomado de sus diarios de forma literal, sino elaborado desde una perspectiva genuinamente literaria. De modo que más que un espejo fiel de la doctora y paciente que fue África Sendino, lo que este documento pretende reflejar es cómo viví yo sus últimos días, así como la honda impresión que me produjo su lento apagarse: un apagarse que, misteriosamente, nos fue alumbrando a todos los que la tuvimos cerca.

La siguiente entrevista que mantuve con Sendino no fue fácil para mí: debía informarla de que el material que me había pasado (la base de su futuro libro) era escaso y torpe, aunque con algunos destellos o vislumbres en los que sería bueno profundizar. Tenía que decirle que no había mucho que hacer con lo que había escrito hasta ese momento, pero que, en cualquier caso, yo estaba dispuesto a echarle una mano en lo que ella me pidiera o necesitara. Sendino reaccionó estupendamente. Y hasta agradeció mi sinceridad y firmeza, mi exigencia. Aquel día, al despedirnos, me brindó una de las sonrisas más hermosas que me brindara jamás.

-Estoy muy ilusionada -me confesó.

-Yo también -contesté.

Y lo estaba.

Sendino quiso que le devolviera el material que me había prestado para tenerlo como base de su escritura. Respondí que lo escrito, más que como muleta, actúa frecuentemente como lastre. Aceptó mi dictamen con obediencia religiosa. Y se puso a trabajar en blanco, por así decir, sólo con las ideas y experiencias que conservaba en el corazón y en la cabeza.

-Estas son las que hay que contar -le aseguré, y ella volvió entonces a sonreírme, aunque casi me pareció que deseaba que me marchase pronto para, al fin sola, ponerse de inmediato manos a la obra.

Desde aquella jornada, mis visitas a la 305-D tuvieron la doble connotación religioso-literaria. Aún diría más: supe que lo que a ella le interesaba de mí era, fundamentalmente, el asunto de su libro. Lo digo porque no era infrecuente que, nada más verme, comenzara a hablarme sobre el avance que había dado a su manuscrito, antes incluso de informarme sobre el estado de su salud.

-África -la interrumpía yo en esas ocasiones-, ¿cómo te encuentras?

Todo esto me parece relevante porque Sendino dio mucha importancia al libro testimonial que quiso dejarnos como su legado espiritual. Temía que la vida no le llegara para culminarlo, como efectivamente sucedió. Y llegó a decirme que en ese momento de su vida (faltaban unos diez días para su defunción), lo que realmente le importaba, además de estar cerca del Señor en la oración, era su libro. En nuestra última conversación, dos días antes de su muerte, me comprometí ante ella a trabajar en ese libro suyo y a publicarlo quedara en el estado en que quedase. Sendino se sintió aliviada al oírlo. Con este documento, confío en estar cumpliendo mi promesa. *Sendino se muere* no es, ciertamente, lo que ella escribió, sino lo que yo viví a su lado mientras ella intentó escribir. Pero contiene -estoy seguro- buena parte de lo que Sendino quiso transmitir en su proyectado libro y, sobre todo, de lo que ella realmente era y vivía.

Mi proceso de colaboración literaria con Sendino fue más complicado de lo previsto. En mis visitas yo le daba algunas consignas de trabajo que ella, mientras pudo, cumplió con escrupulosa fidelidad. A la visita siguiente ella me pasaba lo que había escrito, yo lo leía en privado y se lo comentaba cuando nuevamente nos veíamos. Hasta que falleció, esta dinámica la mantuvimos unas diez o doce veces.

Si he calificado de complicado nuestro proceso de colaboración ha sido porque los escritos que Sendino me iba entregando cada tres o cuatro días eran progresivamente más flojos y desvaídos. Sendino trabajaba cada vez menos, de tal forma que, si el primer día pudo entregarme cinco o seis páginas, el segundo sólo tres, el tercero dos, el cuarto uno, el quinto media página... Al final sólo me entregaba unas pocas líneas. Eso era todo lo que había podido trabajar en varias jornadas. Como es natural, yo me preguntaba cómo sería posible escribir un libro a un ritmo de producción tan lento. Y ella -estoy seguro- también se lo preguntaba.

Conforme sus líneas y frases fueron siendo menos, yo las fui leyendo con un respeto creciente. Y fui dolorosamente consciente (también ella) de cómo su proceso de decadencia física se reflejaba con patente exactitud en su producción literaria, siempre menguante. Fue así como llegó el día en que comprendí que África Sendino no podría concluir su libro; comprendí también que ese libro -fuera como fuese- no tendría más remedio que escribirlo yo. Ese libro es este. Este libro nace de un compromiso pastoral y personal.

Nunca he visto un proceso de declive y muerte tan elocuentemente reflejado como en las hojitas que Sendino me pasaba cada vez que iba a visitarla. Tenía esas hojitas organizadas por apartados, que guardaba en una carpeta plastificada. Muchas de aquellas notas (ahora en posesión de su familia) eran sólo titulares o encabezamientos; no tuvo tiempo para completarlos. La progresión de su cáncer no se percibía sólo en la brevedad de esos escritos, sino también en la forma estilística, progresivamente más torpe, y hasta en la caligrafía, al final ilegible. Ella misma me lo confesó un día:

-No me gusta lo que escribo; me parece infantil.

No se equivocaba: era infantil. Sus frases parecían las de una niña: simples y breves, de sujeto, verbo y predicado. Yo no comprendía cómo teniendo tantas horas para escribir, escribía de hecho tan pocas. No comprendía todavía que estar enfermo es ya una ocupación, y que no es el enfermo quien marca el horario de su jornada, sino el tratamiento y las visitas. El contraste entre lo que África Sendino era y lo que reflejaban sus anotaciones, por otra parte, era cada vez más alarmante y doloroso. Y llegó el momento en que me pareció reprobable proseguir con aquella dinámica de trabajo; me preguntaba qué fase seguiría a aquella y cómo le diría a Sendino que era preciso cambiar de sistema. No hizo falta. África murió a principios de julio. Con su muerte, el problema de nuestra colaboración literaria se resolvió.

### III

«Mi nombre es África Sendino y soy médico internista. Desde que se me diagnosticó un cáncer de mama, he estado sometida a un tratamiento quirúrgico de quimio y radioterapia. Me palpo un nódulo un sábado y el lunes a las nueve me recibe el patólogo. A las nueve y cuarto salgo de su laboratorio con un nuevo panorama vital: tengo cáncer. De pronto, yo era un personaje nuevo: el médico que enferma, y enseguida comprendí que lo que me tocaba con la enfermedad (una conocida con la que hasta entonces había bregado a diario) era bailar con ella. También me vino a la cabeza la imagen de las dos orillas de un río. Inesperadamente, sin consultarme, me habían pasado a la otra orilla. Podía llorar, quejarme, patear...; pero lo cierto era que la barca se había ido. Tendría que esperar a que llegase y, mientras tanto..., ¿era tanto lo que podía hacer! Podía pasearme por aquella orilla, por ejemplo, contemplar la otra desde mi nueva perspectiva, detenerme tranquilamente ante ese río, mojar me los pies... El enfermo no debe ser sólo paciente; debe ser el protagonista de su enfermedad.

»-No son buenas noticias -me había dicho P. L., tras asomarse al microscopio.

»Acababa de estudiar la extensión de la citología, tomada pocos minutos antes por punción. Puede parecer mentira, pero sentí alivio por no haberme quejado sin razón; me alegré de no haber alarmado a mis compañeros por una tontería. Y en esa milésima de segundo supe que se acababa de abrir algo así como una puerta lateral en la trayectoria normal de mi vida. Sí, desde aquel preciso instante supe que para mí empezaba entonces algo completamente distinto.»

Esta es una de las primeras entradas del diario de la enfermedad de Sendino, fechada el 19 de octubre de 1999, día en que detectaron el cáncer que acabó con ella. De esta cita me agrada el tono narrativo con que se abre y que, lamentablemente, se difumina hasta perderse en las páginas que siguen. Me impacta ese no querer molestar a sus colegas, tan delicado (y que revela de buenas a primeras toda una personalidad). Y me impresiona, en fin, esa novedad radical que un espíritu atento como el de Sendino sabe captar a la perfección y que recoge con la metáfora de una puerta lateral.

Desde que supe de la existencia de aquella puerta lateral, a veces me he imaginado asomándome yo mismo por ella. Escribir este documento es, en buena medida, asomarse a esa puerta. Sendino ya la ha atravesado, ya ha pasado al otro lado. Y desde ese lado -lo siento con una total clarividencia- me mira.

La propia Sendino insiste bastantes páginas más adelante en la imagen de la puerta lateral, que tan elocuente me resultó: «Al advertir que me había cambiado la vida, lo que me figuré fue una puerta lateral que se abría ante mí. Entré por esa puerta consciente de que me conduciría a parajes



desconocidos y peligrosos. El primero de esos parajes fue el de la pérdida de la serenidad que proporciona la salud. Pero esa fue sólo la primera de las muchas pérdidas que me esperaban. ¿Podría volver atrás y traspasar de nuevo esa puerta lateral?, me pregunté. Descubrí que, en el fondo, no quería hacerlo. Si esa puerta lateral se había abierto, yo debía vivir lo que me ofrecía.

»Quiero dejar claro -sigue diciendo Sendino cuando relata la segunda fase de su tumor- que el hecho de que la enfermedad suponga un periodo de pérdidas no sentencia irremediamente que de hecho sea un periodo de pérdida de uno mismo. No, en absoluto. Con ser dolorosa la comprobación del fracaso del tratamiento para erradicar un tumor, yo experimenté que mi recaída tenía algunas ventajas: ya no me esperarían tantas novedades, por ejemplo, a excepción, naturalmente, de la perspectiva de un desenlace fatal. La muerte se presentó entonces como una invitada a la fiesta».

Esta página de su diario -quizá una de las más intensas- fue para mí muy reveladora: Sendino comienza a hablar de la muerte, le pone nombre, le da la bienvenida; Sendino no elude el rostro de la muerte, como hace la mayoría de los enfermos mediante rodeos y eufemismos. Como capellán hospitalario he comprobado que son muchos los que dicen que, cuando les llegue la hora de estar enfermos, quisieran saber toda la verdad; pero también he comprobado que son pocos los que, llegada esa hora, quieren saberla efectivamente. La personalidad que no está preparada para encajar la noticia de su propia muerte suele protegerse mediante la ocultación. Sendino no tuvo necesidad de esta estrategia. Recibió la noticia de su inminente fallecimiento, de su posibilidad, con coraje y elegancia. No perdió la compostura. Dentro de su corazón se libraba una batalla, pero ella -cual estratega- disponía a sus soldados para el ataque y la defensa.

También me resulta reveladora la página de su diario en que afirma: «Desde que sé que estoy enferma, recuerdo con frecuencia los rostros de muchos de mis enfermos (algunos de los cuales todavía viven, otros no). Cuando esos rostros estaban muy deteriorados por la enfermedad, sentía miedo y tristeza; cuando pertenecían a enfermos que habían evolucionado bien, me animaba. Recordaba entonces cómo sostuve sus miradas interrogantes, solicitando comprensión o información. Y renovaba mi entrega profesional, incluso ahora que también yo estaba en su misma barca y que nada podía hacer por ellos. Simplemente haciendo nuestro trabajo con responsabilidad y competencia, la capacidad de alivio que tenemos los sanitarios es inmensa».

Tras esta declaración de amor a la profesión médica, insiste: «La enfermedad nos encuentra ahí donde nos encontramos. Cuando me sobrevino a mí supe que podría vivirla como una circunstancia adversa y hasta cierto punto irritante o, por el contrario, como una inmensa e inmerecida ocasión para el aprendizaje. Decidí que mi perspectiva sería la segunda. Mi primer deseo fue recorrer dignamente este camino en beneficio de la Iglesia. Acepté ingresar en un curso práctico de patología: la enfermedad vivida en carne propia. Si superaba el cáncer, me dije, volvería enriquecida a la práctica asistencial. Si salía con vida, yo sería una interlocutora válida para los enfermos».

Ignoro si Sendino aprobaría mi forma de abordar estos hechos, pero me permito dudarle: a casi nadie agrada lo que otros escriben sobre su propia historia o personalidad. Todos quisiéramos tener no sólo la vida, sino también su interpretación; pero eso es mucho pedir. A nosotros nos toca vivir nuestras vidas, y a otros -es de ley- interpretarlas. Presumo que también habrá alguien que escriba sobre mí cuando yo me muera -aunque sólo sean unas líneas-, y presumo de igual modo que tampoco a mí me gustará lo que allí se diga. Así que desde el cielo (adonde

confío entrar, sea o no por una puerta lateral), diré: «Ahí falta una coma, eso hay que decirlo al revés, quita ese adverbio, ¡eso no lo cuentes, por favor!», y así sucesivamente. Con todo esto quiero decir que, mientras escribo, siento a Sendino junto a mí. La suya no es una presencia exactamente coercitiva, pero tampoco simplemente alentadora. Se parece más bien a esa presencia indefinible que siente todo escritor mientras escribe: un custodio, un ángel guardián, una musa inspiradora, una sombra que sólo se retira cuando se ha puesto el punto final.

Si Sendino oraba con regularidad antes de saberse enferma, la oración que vino tras la noticia -como ella misma lo confiesa en sus notas- fue radicalmente distinta. ¿En qué había cambiado? Lo repite muchas veces: estaba haciendo la experiencia de la vulnerabilidad, sin la que no cabe la experiencia genuina del cristiano. Y estaba viendo la medicina desde el lado del enfermo, lo que juzgó que le ayudaría a ser una mejor profesional. Sendino pensaba todavía en ser una buena profesional; su diagnóstico no le había descorazonado hasta el punto de hacerle perder esta motivación. Todavía afrontaba su enfermedad como fuente de ayuda a los demás. No imaginaba hasta qué punto quedaría su cuerpo minado.

Esto es necesario subrayarlo: Sendino no dejó de ser una profesional de la medicina jamás. Junto a la resonancia emotiva y religiosa que se despertaba en ella ante cada nuevo pronóstico, ante su enfermedad Sendino reaccionó siempre como lo haría cualquier médico con un paciente: viendo posibilidades, contraindicaciones, alternativas... Sobrecogía oírle hablar de su propio cáncer con tanta neutralidad. Era como si no le costara desdoblarse.

También es preciso recalcar que, al pensar siempre en su enfermedad como fuente de ayuda a los demás, Sendino rompió milagrosamente ese círculo egocéntrico que caracteriza a la mayor parte de los enfermos. Pensar en el otro cuando se está sufriendo no puede calificarse más que de heroico, a mi modo de ver.

Por si esto fuera poco, Sendino quiso ser médico incluso después de muerta: quiso que su experiencia vital sirviera de fuerza sanadora para los que seguimos en este mundo. De ahí -sólo de ahí- su postrera preocupación por sus memorias. No buscaba la gloria mundana, a la que no creo que prestara nunca la más mínima atención. Buscaba ser médico hasta el final. Buscaba ser fiel a su vocación.

Cuanto más escribo sobre Sendino, más me parece comprenderla y quererla. Porque, ¿cómo no querer a quien escribe, esta vez en una de las últimas páginas de su diario, lo que sigue? «Si Dios me brindase rebobinar la moviola de la vida y me ofreciera elegir entre las dos opciones posibles (salud sin quiebra o lo que realmente me ha sucedido), no podría decir que no a lo que sucedió en realidad. Porque Dios no nos ofrece la enfermedad como castigo, sino como camino. Y porque en ese camino yo estoy aprendiendo intensísimas lecciones de lo que supone que Dios componga el argumento de mi biografía. Comprendo por fin que la Providencia divina no es un simple planteamiento, sino una realidad cotidiana que me aguarda en el rostro de mis amigos. Y presencio, como un espectáculo grandioso, hasta dónde puede llegar la bondad de quienes me rodean.»

Luego sus palabras quedan en suspenso, seguramente porque su reflexión deriva en plegaria, y porque esta se hace demasiado íntima, y la pluma cae de sus dedos, y quedan los dos, Sendino y Dios, en ese silencio religioso en que las palabras -aun las más bellas- sólo pueden profanar.

La misma entereza que tuvo con su Dios, que fue a Quien comunicó primeramente su enfermedad, la tuvo Sendino con buena parte de sus colegas, a los que informó personalmente del mal que la aquejaba. Esto lo cuenta en su diario con mucho detalle. Pero ¿quién es realmente esta mujer?, pensaba yo mientras lo leía. ¿Por qué obra así? ¿Qué es lo que con exactitud la mueve?

«Consideré importante comunicar yo misma la noticia a mis compañeros de trabajo. Confío en que me lo agradecieran. Es al propio enfermo a quien compete informar sobre su enfermedad. Nadie debe adelantársele. Procuré apremiarme para que eso no me sucediera, así que enseguida comencé a visitar a mis colegas en sus despachos.

»A través de todas las conversaciones que mantuve con unos y otros, me fui cargando de asombro. Iba recibiendo aliento: el aliento que necesitaba para vivir con mi enfermedad; pero sobre todo entreví que uno de los sentidos de mi nueva situación era que, en adelante, podría decir “el Señor es mi roca y mi fuerza” sabiendo lo que decía.

»-¿Con qué calmas tu ansiedad? -me preguntó el doctor N., deseoso por conocer mi secreto.

»Me salió del alma decirle lo que san Pedro escribe en su carta: “Descargad ante Dios vuestro agobio, vuestras preocupaciones, que Él se interesa por vosotros”. Y así se lo dije, tal cual. Al oírlo, como no podía ser menos, N. me miró estupefacto. Más tarde tomé nota de la frase en un papelito, que guardé a buen recaudo en mi bolsillo. Ese papelito me ha acompañado hasta hoy, y todavía ahora lo leo cuando lo necesito.»

«Acto seguido subí a la planta decimotercera y llamé a la puerta de J. J. V.; le pregunté si tenía un momento, a lo que contestó levantándose y negando con la cabeza. No tenía ese rato para mí, dijo que debía bajar a una reunión. Me puse en su camino, le tomé del brazo y le aseguré que sería breve. Regateó de nuevo conmigo. No tuve más remedio que ser algo brusca y, para su sorpresa, le impedí salir cerrando la puerta de su despacho.

»-J. J. -le increpé sin más preámbulo-. Tengo un cáncer.

»Cayó en su butaca de golpe, y el plexiglás crujió al mismo tiempo en que él suspiró larga y profundamente.

»-Un cáncer de mama -repetí y, ante su cara perpleja, me vi en la obligación de añadir que acababan de hacerme una punción en un ganglio axilar.

»-¿Y no te habías notado algo antes, cuando era más pequeño? -acertó a decir.

»-Sí, pero no puedo recordar cuándo -le informé-. Hace meses me noté lo que me parecía un nódulo y lo consulté con I. Él me dijo que la mía era una mama de soltera, típica en una mujer que no ha lactado; también me aseguró que no había tal nódulo, así que, desde ese momento, ya no me volví a preocupar.

»Ahora siento escalofríos sólo de pensar que un médico que se pasa todo el día tocando mamas no reconoció un nódulo como tal. ¿Cómo es posible una ceguera así, a la hora de enjuiciar un problema clínico? El caso es que J. J. ..., ¡parecía más afectado con la noticia que yo misma! Y fui yo quien tuve que consolarle. Pensándolo bien, no me extraña: muchos pacientes me han ayudado muchísimo a que les diera alguna mala noticia sobre el estado de su salud.»

«Dejando a J. J. ante su mesa, al parecer ajeno a esa reunión tan importante a la que decía tener que acudir, bajé a Onco, donde hablé unos minutos con A. O. Le cogí de la mano nada más verle y, enseguida, me eché a llorar. Fue él quien puso entonces su mano grande y oscura sobre la

mía.

»-¿Me llevas tú? -le pregunté en cuanto sentí aquel contacto.

»Quería que fuera él, lo necesitaba. Le tenía muchísima confianza como médico.

»-¡Claro que sí! -me respondió, y yo me sentí de pronto inmensamente feliz.

»No tenía miedo. Sentía que Dios estaba cerca; casi me daba apuro moverme, por si por causa del movimiento perdía aquella gozosa sensación.

»A continuación, A. O. me expuso el programa terapéutico: no cirugía, sino quimioterapia intensa, para así reducir la masa tumoral y luego poder operar. Su programa me pareció duro y necesitaba tiempo para pensarlo y aceptarlo. Durante mi enfermedad siempre ha sido así: he necesitado de mucho tiempo para digerir cada noticia que se me iba dando.»

«-Ya verás como no vas a tener nada -me dijo C. A. F., a quien encontré al dejar a A. O. en la confluencia del pasillo de Consultas Externas con el de Trauma.

»Estaba acompañado de su hermano V. y de su esposa, y habían venido al hospital para una revisión. Pese a que ya había sido informado de lo mío, centró la conversación (como siempre) en su propia salud. Me pareció grotesco e intolerable, y a punto estuve de dejarle allí mismo con la palabra en la boca. Le recordé que en su intervención se había visto claramente que se trataba de pólipos benignos. Volvió a rebatírmelo. Pensé en la mano grande y oscura de A. O. sobre la mía. Y en el modo en que respondió “¡Claro que sí!” a mi pregunta. Y en lo dichosa y acompañada que me había sentido en aquel instante.

»C. A., su hermano V. y su mujer siguieron hablando durante un buen rato, seguramente de ese cáncer de colon que A. creía tener (casi parecía desearlo) pero que, evidentemente, no tenía. Yo veía cómo movían sus labios, pero no los oía.»

«Este episodio pude olvidarlo rápidamente gracias a lo que oí que decían en el quirófano de Radiología Vascular.

»-Ahora todos tenemos que ayudar a nuestra África.

»Era la voz de G., corroborada después por la de F.; pero yo sentí que era Dios mismo quien hablaba por su medio. Porque, durante mi enfermedad (o quizá siempre, pero sólo ahora lo he percibido), he sido receptora de continuas y conmovedoras muestras de afecto. Gracias a que yo era médico, por ejemplo, todo se me hizo de forma inmediata, con un compás de espera mínimo. ¿Qué deben ser -me pregunto- las esperas, llenas de incertidumbre, de las gentes ajenas al hospital? Trata a cualquier enfermo como quisieras que trataran a tus padres, a tus hijos, como quisieras que te trataran a ti mismo, esa es la ley.»

«Aunque solía pedir a quienes me llevaban que me vigilasen y controlasen como si yo no fuera médico, con frecuencia constataba que era mucho lo que dejaban a mi control, a sabiendas de que a una profesional como a mí no podrían escapárseme algunos datos. Todo esto me asustaba, pues yo no quería tener que estar tan confiada a mí.»

Eso escribía Sendino, pero no por ello dejaba de querer que la informaran de la evolución de su tumor, y ello con todo el rigor posible.

«-Sé fuerte -me dijeron algunos, muchos, poco antes de darme algún resultado negativo. Pero no se puede exigir fortaleza al enfermo; más bien hay que darle razones para que la tenga.

»A este respecto viene muy bien recordar la etimología de la palabra enfermedad. *In firmitas*: aquel que no se puede sostener en pie por sí solo.

»Desde el principio de mi enfermedad -escribe en este mismo sentido- comprendí que mi forma de encararla no era el resultado de una gran fortaleza psicológica, sino un don estrictamente sobrenatural. Desde ese primer momento -escribe también- supe que sólo tenía un deseo: cubrir este peregrinaje del mejor modo posible.» Y termina esta entrada de su diario con esta tremenda afirmación: «Los enfermos son un tesoro para la Iglesia». No es sólo que lo escribiera; yo mismo comprobé, con mis propios ojos y oídos, que Sendino se veía a sí misma -en cuanto enferma- como un auténtico tesoro.

En las primeras páginas de su diario, Sendino parece dotada de una entereza y un temple fuera de lo común. Durante la lectura de esos párrafos, tiende uno a ponerse casi de parte de los colegas: incrédulos o curiosos, perplejos, azorados... Porque más que una desgracia o un castigo, el cáncer de Sendino parece un premio o un trofeo. O un motivo para enorgullecerse. O, al menos, un simple contratiempo.

El lector de estas pocas notas, atrapado por la insólita personalidad de esta doctora, ya no puede abandonar la lectura: «Di las clases que tenía programadas con toda normalidad. Anuncié a mis alumnos que estaba dispuesta a aprovechar todas las horas libres que tuvieran para adelantar el programa. Y concluí una de mis lecciones recalcando lo bonito que era ser médico. Quería vivir mi enfermedad del mejor modo y, si era posible, ser para los demás algo así como una escuela de aprendizaje. No me atrevo a decir que pretendía dar ejemplo».

«Tuve que estar muy circunspecta con S. y con P. para no ponerme ante ellos a llorar. Tuve la impresión de que S. se figuraba que yo estaba tan destrozada que no sería capaz de continuar viviendo; no lograba hacerle entender que, por el momento, no necesitaba nada en particular.

»-Pero ¿de verdad que no quieres que te ayude en nada? -me repitió ella por tercera vez.

»A esa tercera vez ya no contesté, sólo la miré. La gente no entiende que se pueda estar bien en medio de la enfermedad.

»-Te quiero mucho, África -me dijo para terminar-. Rezaré por ti.

»Me gustó oírlo y, después de todo, S. tenía razón. Sí que necesitaba algo: precisamente que me dijera eso.»

Sendino y yo hablamos con frecuencia de la oración y de la lectura espiritual, a la que decía recurrir últimamente con mayor frecuencia porque durante la meditación, por efecto de la morfina, tendía a quedarse adormilada o traspuesta. Sobre la oración me comentó dos cosas que me conmovieron mucho. Una: que nunca había rogado por su propia curación. «¿Quién soy yo -me dijo- para pedir algo así?» Me quedé mudo, estupefacto: era la primera vez que me topaba con un enfermo creyente que no había pedido por su propia recuperación. Y dos, acaso más sobrecogedora aún: que cuando alguien le decía que oraba por su salud, ella aplicaba secretamente lo que en su fuero íntimo designaba *desvío de oración*. «Al igual que algunos aparatos telefónicos pueden programarse para que las llamadas que se hacen a sus números suenen en otros -me explicó-, así programo yo mi corazón -dijo también, y mi propio corazón se me fue encogiendo mientras la escuchaba-; de este modo, todas las oraciones que me tienen por meta redundan en beneficio de otros enfermos y Dios las tiene en cuenta para ellos.» En este sentido,

me confesó haber «desviado» la oración muy a menudo por una tal Ketí (a quien, por otra parte, ni siquiera conocía). ¿Cómo calificar esta actitud?, me pregunté al oír aquello. ¿Generosidad? ¿Solidaridad? ¿Comunión de los santos? ¿Piruetas espirituales?

«La liturgia de las horas me ha asegurado la mejor y más equilibrada nutrición espiritual. Es posible que los salmos no ofrezcan lo que a cada alma más le apetecería en cada momento, pero la mayor parte de las veces ofrecen, misteriosamente, lo que más se necesita. Estoy muy agradecida al salterio: al rezarlo es como si mi enfermedad adquiriese, de pronto, una resonancia universal. Los sufrientes deberíamos hermanarnos. ¡Si el mundo supiera de la enorme fuerza espiritual que se congrega en una clínica! Al ver el segundo nódulo como un enemigo que me enseñaba sus dientes -metálicos y afilados-, hallé mucho consuelo en el “dichosos los que encuentran en Ti su fuerza” del Salmo 83. Tuve que repetirme entonces mi convicción más firme: que mis miserias no me apartan de Dios, sino que me devuelven a Él.»

En una de nuestras charlas supe que, tras haber culminado brillantemente su carrera de medicina, Sendino había pasado unos meses en Lourdes, donde cultivó su formación religiosa. «El mismo ahínco y tesón que había aplicado a mis estudios científico-técnicos -me aseguraron- necesitaba imprimirlo a lo religioso y cristiano.» Y así lo hizo, pasando por encima de quienes se lo reprobaron o, incluso, de quienes por esta causa se mofaron de ella.

La formación teológica de Sendino no fue de carácter especulativo, sino con una impronta netamente espiritual y decididamente apostólica. Su cosmovisión cristiana no era particularmente rica o compleja -al menos en mi opinión-, pero sí centrada y eficaz. Su vida de piedad me pareció sólidamente fundada, y en absoluto meliflua o simplemente pía. No se perdía en efluvios sentimentales, digresiones o intelectualismos. Bebía del salterio, del rosario y de los grandes autores de la mística. Desconozco su plan de vida espiritual, pues no fui el director de su conciencia, sino sólo su confesor (y ello únicamente en dos ocasiones, lo que bastó para que percibiese que estaba ante un alma selecta a la que yo podía ayudar bien poco).

«Al conocer la noticia de mi cáncer, todos se ofrecían para hacer algo por mí. Yo se lo agradecía, como es natural, y les aseguraba que contaba con ellos y que les llamaría si es que, efectivamente, los necesitaba. A este fin recogí muchos números de teléfono. Pero soportaba mal a quienes se empeñaban en acompañarme a las diversas pruebas, cuando yo les había advertido que prefería y necesitaba ir sola. Esta ha sido una constante en mi enfermedad: he necesitado mucho de la soledad para pensarlo y ponerlo todo ante Dios.»

Tras leer este párrafo no pude por menos de compadecer a Sendino, a quien vi a solas únicamente en un par de ocasiones. En efecto, no he conocido otro enfermo más acompañado. Casi tuve la impresión de que Sendino era una especie de reina o gobernanta de gran autoridad que, desde el improvisado trono de su butaca de hospital, concedía audiencia a quienes se la pedían.

-Me debo a mis visitas -me dijo Sendino alguna vez, quizá tratando de justificar la parquedad de su escritura-. No puedo despedirles si vienen a mí.

Supe entonces que Sendino vivía su enfermedad como un ministerio: que sabía que no podía estar enferma para sí misma, que su cáncer debía redundar en beneficio de quienes estábamos a su alrededor. Pensé entonces en lo que san Juan de la Cruz dice en cada línea de sus poemas: que quien puede sufrir, puede mucho todavía; que no es cierto que sufrir no tenga sentido; que no es

cierto que con el sufrimiento no se pueda hacer nada. Se puede lo más: entregarlo a Dios. Con el sufrimiento se puede nada menos que redimir el mundo.

Parecía (y quizá fuera realmente así) que era Sendino quien nos hacía un favor al recibirnos en su cuarto, no nosotros a ella. Así que ahora me pregunto si quienes íbamos a la 305-D lo hacíamos para ayudarla o para dejarnos ayudar. Porque si Sendino sabía que los enfermos son un tesoro..., ¿cómo no iba a sentirse entonces dispensadora de la gracia de su tiempo o de la gracia (pues así lo veía ella) de su enfermedad?

La enfermedad..., ¿una gracia? Sendino supo en primera persona que no es posible vivir humanamente sin conocer el dolor en carne propia. Sabía que lejos del sufrimiento y del dolor no hay humanidad. Que una enfermedad no se comprende ni vive en toda su radicalidad hasta que no se agradece. Que su cáncer era una extraña bendición, casi incomprensible, pero que como cristiana y como médico ella estaba en la mejor de las condiciones para entenderla y vivirla. Sendino vivió su muerte, y esto puede decirse de muy pocos. Casi nadie tiene esa lucidez, esa valentía. Todo el mundo tiene demasiado miedo al lado oscuro y, sin ciertas claves de comprensión, el propio testimonio de África Sendino quedará como el de una extraterrestre y será enterrado en el olvido.

Este pensamiento, el de que la grandeza de la vida y muerte de Sendino podría olvidarse, fue precisamente uno de los que más me torturó durante su funeral (al que naturalmente asistí, pero no presidí, pues había otros sacerdotes que tenían con ella un vínculo más largo y profundo que el mío). Mientras escuchaba uno de los cantos de la misa, pensaba para mí: ¿Es esto lo que esta vida ha podido dar? Esta vida, ¿no puede generar ya más vida? ¿Cuántos de los que nos apretamos ahora en los bancos de esta capilla hospitalaria nos acordaremos de Sendino dentro de un mes o, incluso, la semana próxima? Confieso que no me asustan los prolongados duelos a los que algunas viudas parecen tan aficionadas; me asusta más bien la espantosa brevedad con que hoy suelen vivirse los duelos: la rapidez con que metemos a los muertos en sus cajas y la rapidez con que todos volvemos a nuestros quehaceres cotidianos, como si nada hubiera sucedido. De vez en cuando un pensamiento para el muerto, sí, pero sólo uno. O dos, pero sólo dos. Y, a veces, pensamientos que ni siquiera llegan al rango de tales, pues son ráfagas o imágenes devoradas por otras imágenes que apenas tienen tiempo para dejar en nosotros ese poso de tristeza que nos haría más humanos.

Fui con una amiga enfermera al velatorio del hospital con el propósito de balbucir ahí algunas plegarias improvisadas. La cámara donde descansaban los restos de Sendino estaba cerrada. Los encargados nos dijeron que los familiares habían determinado que permaneciese así, cerrada. Cuando yo muera -comenté a mi amiga-, no dejéis mi cadáver solo toda la noche.

«Queridos compañeros.» Así comienza la carta que Sendino dirige a sus colegas a propósito de la primera intervención quirúrgica a la que tuvo que someterse. «Dentro del programa docente de la vida, me corresponde ahora cursar una lección práctica: la enfermedad. Durante esta retirada del ejercicio activo de la profesión, confío en no perder el tiempo; sabed que empiezo esta nueva trayectoria con el propósito de poder reintegrarme en el equipo más tarde con otra perspectiva. Hasta el pasado lunes he conocido la medicina desde nuestra óptica particular, guiada siempre por el propósito de tratar a los enfermos como yo misma quisiera ser tratada y poniéndome en su lugar. Ahora estoy en ese lugar. Así que a mi vuelta confío en haber aprendido por experiencia

cómo quiere un enfermo que se le trate.

»Mi penúltimo recuerdo, antes del avemaría con el que quiero esperar el sueño intravenoso -les dice poco después-, será para vosotros, mis compañeros y compañeras en el ejercicio de esta noble profesión.»

«Al despertar de la anestesia sabía que tenía unos drenajes, pero no lograba localizarlos con exactitud, pues mi cuerpo se me antojaba tan inmenso como desconocido. La media vigilia me dificultaba el análisis completo de la situación. Estaba volviendo en mí, por supuesto, pero no tenía la sensación de que volviera conmigo. Tenía miedo a despertar en aquella penumbra y a encontrarme con que era alguien distinta. Detecté algunas sombras que se movían a mi alrededor hasta que, de pronto, una mano se apoyó suavemente en mi brazo. Pedí a Dios para que aquella mano nunca se retirara de ahí, pues por su medio, por su calor, me vino un alivio que sólo puedo calificar de sobrenatural. Las sombras dejaron de moverse; alguien me invitaba a abrir los ojos. Volvía a ser yo, pues decían mi nombre. La mano de mi ángel ya no estaba sobre mi brazo, pero yo seguía sintiendo su calor.

»La experiencia más dura del postoperatorio fue la de sentirme dependiente de los demás y necesitada en el cuidado de mí misma», me explicó Sendino. Sus labios brillaban por el efecto del cacao y su rostro resplandecía como si hubiera rejuvenecido. Aquel día me contó que uno de los periodos más crudos de su enfermedad fue cuando se sometió al RXT craneal. La quemadura del cuero cabelludo le impedía dormir con normalidad, pues la piel le escocía al apoyar la cabeza sobre la almohada.

«¿Mi mayor miedo?, -preguntó retomando mi pregunta-. Que la intensidad de mi sufrimiento me tiente a no alabar a Dios y a no dar gracias a su nombre. Sólo pido una cosa: que mi enfermedad no me aleje de Él; pues, si lo hiciera, ¿para qué y a quién serviría?» Guardé silencio. No tenía nada que añadir.

«Acepto ser un despojo -continuó ella al fin-. Quiero gastarme y desgastarme en cumplir Su voluntad.» Tras aquella confesión quedamos nuevamente en silencio. Yo me puse a rezar; creo que ella también. Minutos después volvió a tomar la palabra para darme cuenta del enorme trabajo interior que tuvo que hacer para aceptar no poder valerse por sí misma.

«Ya no puedo encenderme sola el ordenador -comenzó a leerme de su diario-; ya no puedo acostarme o levantarme sola; ya no puedo tener mis cosas como yo quiero; ya no puedo rascarme yo misma algunas partes de mi cuerpo; ya no puedo subir o bajar la persiana cuando sale el sol, sino que debo pedirlo; ya no puedo decidir a qué hora me acuesto, cuándo debo despertarme, qué horario quiero seguir para las comidas...»

«¿A partir de qué pérdida deja uno de ser quien era?», me preguntó Sendino alzando la vista de sus papeles, mientras yo escuchaba aquella retahíla. ¿Qué tiene que pasarle a un hombre para que diga: «Ese no soy yo, ya no soy yo»? Con esta pregunta me retiré aquella tarde de su habitación.

Dos actitudes pesaron mucho en Sendino, y en eso, al menos en eso, compartió la experiencia de la mayoría de los enfermos. Que por su progresiva invalidez, su dependencia de los demás fuera cada vez mayor, dejando de ser autosuficiente y dando demasiado trabajo a las enfermeras y demás personal sanitario. («Nada hay que deteste tanto como dar que hacer a los demás.») Por ello, Sendino hacía lo imposible para resultar menos gravosa, y nunca pedía nada que no pudiera



realizar por sí sola.

La segunda actitud, y esto le dolió todavía más, fue que, en cierta ocasión, sus hermanos decidieran una reunión familiar sin contar con ella, sin tan siquiera informarla.

-Como si ya no contara -me dijo-. Como si ya estuviera muerta.

Sendino tenía los ojos llenos de lágrimas cuando me relató esta pena. Había comprendido que la enfermedad no implica sólo dolor físico, sino la progresiva desaparición del horizonte de los demás, también de los seres más queridos.

-Escribe esto en tu libro -le dije yo.

Y ella tomó nota de ello en un papelito; pero ya para entonces estaba muy delicada y, evidentemente, no lo escribió.

Desaparecer progresivamente del horizonte de los demás. Morimos a este mundo mucho antes de que nuestro corazón deje de latir.

Claro que la doctora Sendino nunca perdió el gusto por las noticias esperanzadoras. En el parte médico que me daba cuando iba a visitarla siempre había espacio para esas buenas noticias: pequeñas, sin duda, pues el panorama general no mejoraba, pero hermosas, pues iluminaban su cara cuando las decía:

«Fui a Medicina Nuclear y allí me hicieron orinar para que la vejiga estuviera bien vacía. El estudio de la extensión había salido muy bien, y sentí un gran alivio al comprobar que no tenía metástasis. Cuando estás metido en una mala noticia de grandes proporciones te conviertes en un “mendigo de buenas noticias o buenos matices”, y los gozas como no puedes ni imaginarlo cuando estás sana».

A este respecto debo decir que Sendino nunca se rindió a su enfermedad, que siempre luchó contra ella, pues eso -la lucha- era lo que ella entendía como deber. Pero no lo hizo porque se agarrase ávidamente a la vida, como he visto hacer a tantos otros enfermos, sino porque no quería partir de este mundo sin haberle dado lo último que ella podía dar. Por si no ha quedado claro hasta ahora, Sendino era lo que comúnmente se entiende por una luchadora. La suya era una lucha sin cuartel, pero estaba dispuesta a tirar las armas en cuanto el Señor en Quien creía le dijera que había llegado su hora.

Por dolorosas que fueran todas las pérdidas que sufría, Sendino sabía que su identidad más profunda no se cifraba en la libertad de movimiento, que no radicaba en la simple autonomía -como tantos dicen-, y todavía más: que es en la experiencia de la radical dependencia de los demás cuando el ser humano está en las mejores condiciones para comprenderse. A nadie se le abre tanto la posibilidad de la fe como al enfermo, concluí yo tras aquella visita, algo más prolongada que las habituales. Y por primera vez, en medio de la inmensa servidumbre en que le tocaba vivir, vi que aquella mujer era, en definitiva, una privilegiada.

-¡Qué suerte tienes de estar enferma! -estuve a punto de exclamar.

Porque Sendino era una lección viviente de evangelio para todo el que entrara en su habitación con el corazón abierto. Y es que en aquel cuarto se respiraba una atmósfera sagrada. No olía a iglesia (es decir, a incienso o a cera), sino a santidad, y la santidad es -al menos tal y como yo la vi en ella- elegante y discreta, tierna y firme, silenciosa, humilde, necesaria...

«En el camino de la enfermedad he constatado que cuanto más difícil de resolución médica era

una determinada situación clínica, mayor era por contrapartida el terreno que le quedaba al Señor para cuidarse de mí. Los vasos eran comunicantes: tanto menos espacio había para el optimismo científico, tanto más quedaba para la esperanza cristiana. En el escenario de mi alma, asistí maravillada al flujo y reflujo de esos vasos. Veía la creciente preocupación en los rostros de aquellos para quienes yo soy importante, y mi esperanza se agigantaba. No sabía qué desear, estaba completamente a merced de algo más grande que yo.»

¿No son estas declaraciones un fidedigno testimonio de santidad? Y ¿qué decir de estas otras (que me gustaría aprender de memoria para cuando yo mismo caiga enfermo)? «Uno de los misterios más insondables de la enfermedad es el del tiempo: los sanos no tienen tiempo; los enfermos, en cambio, lo que sobre todo tienen es precisamente tiempo. Un día puede ser infinito en una cama de hospital. Se espera durante horas la visita del médico que dura un minuto. Yo he sido ese médico esperado y soy ahora esa paciente que espera. Dios ha querido que dedicara mi vida a ayudar a los demás, pero no ha querido que me marchara de este mundo sin dejarme ayudar por ellos. Dejarse ayudar supone un nivel espiritual muy superior al del simple ayudar. Porque si es bueno ayudar a los demás, es mejor ser ocasión para que los demás nos ayuden. Quien se deja ayudar se parece a Cristo más que quien ayuda. Pero nadie que no haya ayudado a sus semejantes sabrá dejarse ayudar cuando le llegue su momento. Sí, lo más difícil de este mundo es aprender a ser necesitado.»

Toda esta información la fui recabando gracias al método por el que Sendino y yo nos habíamos decidido: en mi visita matutina ella me entregaba los papeles sobre los que había estado trabajando desde mi última guardia (un material dolorosa y reveladoramente menguante, como ya he dicho); en la visita vespertina, yo se lo devolvía ya leído; en la matutina del día siguiente, antes de concluir las veinticuatro horas de mi turno de guardia, en la llamada *ronda de las comuniones*, le comentaba mis impresiones y le daba alguna consigna sobre qué y cómo trabajar los días siguientes. La atención de Sendino a la hora de escuchar mis consejos, así como su docilidad para acatarlos sin discusión, siempre me conmovió. Era una «alumna» fuera de serie; necesariamente tenía que ser también una profesora excelente. Y fue, desde luego, una enferma incomparable y ejemplar.

Estar enferma ayudó a Sendino a repasar su propio quehacer médico: en cada profesional que la atendió, vio un espejo de sí misma. Revisó qué había hecho bien y qué mal a lo largo de su trayectoria. Hasta el último día quiso mejorar y aprender. Era, como ya he indicado, una discípula incorregible. Tenía la que es para mí la virtud humana por excelencia: el deseo de crecer. Me impresionaba mucho que quisiera seguir creciendo en medio de tanta pérdida. Que no claudicara cuando todo parecía invitarla a claudicar. No era simple tozudez, pues nadie muere como no ha vivido. Durante su apagamiento físico, Sendino desplegó las mismas virtudes que la habían adornado en su apogeo y plenitud. Era sólo que en el declive brillaban más.

«Me alegra que me digas que llevo mi enfermedad con buen ánimo y espíritu -me dijo al saber mi opinión sobre su modo de enfrentarse al cáncer-, pues es así, exactamente, como quiero llevarlo. Me fastidia, en cambio, el grosero interrogatorio al que algunas personas se han empeñado en someterme, en particular tía E.: que qué había notado y que cuándo, que cómo no lo había consultado antes, que a qué otro dolor se parecía... Tuve que zanjar aquella conversación de inmediato: no podía estar repitiendo mi historia clínica una y otra vez sólo para satisfacer una

curiosidad morbosa.»

Sendino, sin embargo, informaba puntualmente sobre su enfermedad a todo aquel que fuera a visitarla. Yo nunca la interrumpía cuando me daba su particular parte médico, algo que sí hacía, en cambio, cuando me hablaba de su futuro libro, por ejemplo, o de otros asuntos cualesquiera. Comprendía muy bien que el enfermo necesita hablar de su enfermedad. Hablar de la propia enfermedad ofrece al enfermo la ilusión de que la puede controlar. Mi padre, médico él mismo, me lo había dicho años atrás. Y yo lo había comprobado en mi trabajo como capellán: el enfermo necesita hablar mucho más que escuchar. Hablar le hace sentirse activo, y eso compensa la inevitable y permanente situación de paciente que debe sobrellevar.

## IV

«Prestar atención a un desdichado es algo muy raro», escribe Simone Weil en uno de sus imprescindibles ensayos. A todos los desdichados les sorprende muchísimo que se les escuche, que se pierda el tiempo a su lado, que se les toque... Acostumbrados al poco tiempo que la gente pasa con ellos, no son pocos los enfermos que, al cabo de un rato, comentan a su visitante: «Tendrá usted que marcharse». También hay quienes te echan de su habitación -sin más contemplaciones-, incapaces de aceptar que pueden y necesitan ser amados.

A Sendino, sin embargo -todo hay que decirlo-, le gustaba ser visitada. Sólo parecía estar realmente apaciguada con las dos acompañantes que, según presumo, había contratado. Estas mujeres -la de la mañana y la de la tarde-, las dos de mediana edad, me impresionaron tanto que llegué a pensar que atendían a la enferma como voluntarias. Lo digo porque miraban a Sendino con auténtica devoción, como si fuera su madre o su maestra; lo digo porque siempre respondían solícitas y amorosas a sus reclamos. Estaban presentes, sí, pero no gravosamente presentes, pues eran silenciosas y discretas. Alguna vez las vi con las cuentas del rosario entre los dedos, o con un libro de piedad del que leían a la enferma en voz alta. Me habría gustado escuchar qué decía aquel libro en aquel momento: cómo era que ambas mujeres -la cuidadora y la enferma- tenían en su rostro tal placidez mientras leían o escuchaban. Me habría gustado saber si no era aquel libro, en último término, el responsable de que en esa habitación de hospital -sólo en aquella- entrase la maravillosa luz de un atardecer madrileño.

A veces, antes de entrar en la habitación y antes que ninguna de aquellas mujeres de compañía advirtiera mi presencia en el umbral, las sorprendía en silencio, junto al lecho de la enferma. Era un silencio impactante, el de aquellas mujeres -la de la mañana, la de la tarde-, un silencio que parecía estar muy lleno y al que yo podía acceder únicamente desde lejos. Yo sabía que cuando mis nudillos tocaran esa puerta, ese silencio mágico se rompería, que se perdería la suave tensión que reinaba en aquel cuarto, que el ángel que allí aleteaba se esfumaría en cuanto yo entrase.

La estampa de aquellas mujeres -la de la mañana, la de la tarde- junto al lecho de Sendino es de las más conmovedoras que guardo de todo este episodio en el archivo de mi corazón. ¿Cómo se puede callar tanto tiempo junto a un enfermo?, me preguntaba yo al verlas. ¿Qué tienen estos silencios que yo desconozco y que tanto me atraen? Y todavía: ¿No podría sentarme yo junto a ellas del mismo modo, tan silencioso? Las mujeres -la de la tarde, la de la mañana- se percataban al cabo de mi presencia. Se incorporaban. Sonreían. Daban una última caricia a Sendino y me dejaban a solas con ella, para nuestra entrevista. Como había supuesto, el ángel no tardó en esfumarse con las palabras. La mujer que me hablaba era ya distinta a la que yo había visto con la

cabeza suavemente hundida en la almohada.

Aquel día Sendino había escrito sus impresiones sobre su encuentro con el doctor G., un jovencísimo médico a quien azoró mucho saber que su paciente era médico también y que, por ende, entendería perfectamente lo que le iba a comunicar.

-Siéntase cómodo -le había rogado Sendino-. Deseo ponerle las cosas fáciles.

El médico-niño, un R.1, comenzó echando un vistazo a la historia clínica de la mujer que tenía frente a sí y que le observaba con una mirada casi materna. Sendino le comentó el estudio de extensión que ya tenía hecho, así como la fecha de la cirugía. Acto seguido, el médico-niño le preguntó si no tenía inconveniente en que la explorase.

-¡Naturalmente! -contestó Sendino-. Trátame como a cualquiera de sus pacientes.

Pero tanto ella como el médico-niño sabían que Sendino no era ni podía ser una paciente cualquiera. Pese a todo, el médico-niño se animó a tocar la mama enferma. Poco antes de hacerlo chocaron el uno contra la otra ante el biombo que separaba la cama de la mesa. Cuando Sendino se desnudó de cintura para arriba, el médico-niño estaba azoradísimo. Su rostro había cambiado de color. Casi parecía que, de un momento a otro, se echaría a llorar. Sendino tuvo que intervenir.

-No se preocupe -le tranquilizó-, yo le facilitaré la exploración.

Y fue ella quien le habló de la adenopatía de la axila izquierda, y ella, en fin, quien condujo la mano del médico-niño hasta su propio cuerpo para que él lo palpase. Quizá por la tensión del momento, cuando aquella mano masculina llegó al abdomen, Sendino quebró el silencio que se había instaurado entre ambos y rompió a reír. El mediquito volvió a intentar la exploración, pero sólo con ver cómo se acercaba aquella mano Sendino sentía unas cosquillas terribles o, mejor, una idea de lo terribles e insoportables que llegarían a ser las cosquillas que le sobrevendrían si aquella mano llegaba efectivamente a tocarla.

«Le pedí disculpas -escribe Sendino en su diario-, pero me resultaba totalmente imposible no reírme. Al final -escribe también- ambos nos reímos a carcajadas. Y ahí estaba yo, desnuda, echada en una camilla y contrayéndome por las convulsiones cada vez que el mediquito intentaba aproximar sus manos a la pared abdominal. Cuando logramos calmarnos, aquel joven me contó que era residente de primer año de Cirugía Vasculár. Al escuchar aquello, quién sabe por qué, toda la alegría del momento se esfumó. Y comprendí que era la primera vez que, en aquel despacho, me tocaba sentarme en la silla del paciente. Salí al pasillo con esta frase en la cabeza: “Soy una paciente”. Y otra vez: “Soy una paciente”. Y una más: “Una paciente”. Empezaba a tomar conciencia de mi nueva identidad.»

«Tras el repaso de los síntomas, mi oncóloga dejaba sobre la mesa los documentos de la historia y me preguntaba: “Y tú ¿cómo estás?”. ¡Cuánto me gustaba aquella simple pregunta! ¡Cómo me ayudaba a comprender que yo no era para ella una mera colección de síntomas! ¿Es especial el sanitario que enferma? Sí, pues pasa a ser receptor y beneficiario de actuaciones de las que hasta entonces ha sido mero ejecutor profesional.»

-Es como si al espectador de una obra teatral -le dije yo- le ponen de pronto sobre las tablas.

-El ejemplo es perfecto -me contestó Sendino-. Inesperadamente no puedes marcharte a tu casa cuando termina la función. Tienes que quedarte siempre, día y noche en el escenario. Ves cómo el público cambia, pero tú permaneces. Ves que no puedes cambiar de papel. Estás en un drama que

no has elegido. Ningún espectador imagina o sospecha que también a él le tocará subir un día a esas tablas. Por eso todos se marchan tranquilos cuando termina la función, cuando creen que termina.

«Si la relación médico-enfermo es el encuentro que vincula la menesterosidad de un hombre con la capacidad del otro para remediarla, el día en que tuve que guardar mi turno en la fila de Oncología me di cuenta de que había cambiado de colegas. Fue tremendo porque, desde mi puesto, observé cómo mis viejos colegas pasaban junto a mí hacia sus tareas sin reparar en que yo estaba ahí, en que yo era yo.

»Ante mí había una chica con muletas, muy pálida. Sentí una nostalgia inmensa -inmensa- de mi bata blanca. ¿Me la pondría otra vez? Pues bien, fue en aquel momento de infinita y dolorosa nostalgia cuando viví mi particular Anunciación. “¿Quieres cambiar de tarea -escuché que me decía el Señor-, pero no de misión?” No dudé ni un segundo: “Sí”, le respondí. Sí, y mi corazón se llenó de una paz benéfica y desconocida.

»Estar en la fila de los oncológicos me recordó a la cola que tuvo que formarse en el Jordán para recibir el bautismo de manos de Juan. Finalmente comprendía qué significaba lo que había hecho Jesús al empeñarse en ser uno de tantos; finalmente entendía el movimiento de Dios por excelencia, que es el del abajamiento hasta el límite de ser confundido como uno más. Encontré sentido entonces no ya a ser la doctora Sendino; ni siquiera a ser la médico-enferma. Encontré sentido a ser, simplemente, una enferma entre las muchas que ese día nos agolpábamos en el reparto de Oncología.

»Ese día, además, pude constatar la importancia que tiene la disposición arquitectónica de los hospitales: en la sala de espera de Oncología las sillas no eran en absoluto suficientes, de forma que a buen número de enfermos nos tocó esperar de pie. ¿Tiene entonces que ponerse uno enfermo para saber cómo debe funcionar un hospital? No necesariamente. Bastaría que los médicos hablaran más con los enfermos. Bastaría que los sanitarios no nos limitásemos a cumplir la tarea asignada, sino que tuviéramos bien abiertos los ojos y los oídos mientras la realizamos.»

«La medicina es una actividad apasionante desde un punto de vista intelectual, relacional y cristiano. Difícilmente se encontrará otra actividad humana con tantas posibilidades de encuentro y a tal nivel de intimidad. No creo que haya muchas profesiones por medio de las que pueda transmitirse, y de forma tan directa y elocuente, el consuelo de Dios. Ser cristiano y médico ha sido para mí el mismo y único movimiento. No puedo concebir mi fe sin el ejercicio de esta profesión. Profesar la fe se ha identificado para mí con ser una buena profesional. Yo vine al mundo a sanar y me voy de él dando a otros la oportunidad de que me sanen.

»Tal vez por eso, un día, en el parque de José Abascal, me sentí muy bien al darme cuenta de lo humano que es un sistema social que contempla que el enfermo pueda ser relevado de su trabajo sin que peligre su pertenencia al mismo. Sentí una gran alegría al repasar la multitud de recursos de que disponía para curarme o, al menos, para aliviarme. Es deplorable el escaso reconocimiento de los pacientes hacia el espectro de recursos técnicos que están a su servicio. Saber medicina me ha ayudado como ayuda al filósofo un pensamiento bueno que le ilumina.»

Con esta frase termina el diario de Sendino; todo lo demás son simples guiones y notas sueltas. Valgan estas palabras mías como marco en el que encuadrar un morirse que ha estado lleno de vida.

«Soy médico -escribo yo ahora, recordando lo que Sendino me dijo una de las últimas tardes en que estuvo lúcida-; he metido las manos en la masa del sufrimiento con la noble intención de aliviarlo. Y si he tenido el privilegio de tocar en otros cuerpos tanto dolor, ¿cómo no permitir que otros lo toquen en el mío? Gracias a esta enfermedad que sufro he comprendido que compartir el dolor no significa simplemente asumir el dolor ajeno, sino también repartir el propio. Yo tengo sufrimiento, de acuerdo. Puedo repartirlo o guardarlo para mí. He decidido entregarlo. Y al decidirlo he comprendido que es así como se alivia y que para eso -para entregarlo- existe.»

¿No es noble este testimonio?, me pregunto y pregunto al mundo. Y también: ¿Habré captado algo del misterio de África Sendino o sólo lo ensancho mientras escribo sobre él? Esta es, en resumidas cuentas, mi experiencia con los enfermos: que son un misterio; que Dios me espera en ellos más que en ningún otro lugar; que todos tienen un nombre propio -único, original, irrepetible- y que ese nombre, el de todos esos enfermos -también el de Sendino-, es siempre e ineludiblemente el mío. Sí, soy yo quien está en la habitación 305, en la 306, en la 1.119, en la 1.110. En el ala derecha y en la izquierda, en el enfermo cuya cama arrastra un celador por el pasillo de Trauma. Voy al control A de Gastro y allí me espera un hombre que soy yo. A la UVI de Cardio y allí, en todas las camas, yo una vez más. En Citología, en Psiquiatría, en los quirófanos...: mi propio rostro me espera en todos los departamentos y rincones de este hospital. A veces me pregunto cómo harán mis compañeros y compañeras sanitarios para soportar su propio rostro tantas veces y todos los días. Cuando salgo del hospital, en cambio, concluida la guardia, ese personaje que es el capellán se diluye o difumina. Y allí, en la calle, confundido entre las gentes, me doy por fin el gusto de no ver tanto a Dios y de ser finalmente uno más. Uno entre tantos. Uno que pasa por ahí.

«He apreciado muchísimo la mirada de mis enfermeros y de mis médicos. Pero ¿qué mirada? - se pregunta Sendino-. Esa mirada que no rehúye la tuya cuando la sabe angustiada.» Como capellán de hospital se me invita a mirar así cada día, cada hora. Como capellán hospitalario he aprendido que los seres humanos nos pasamos la vida huyendo del sufrimiento (también yo, sobre todo yo), y que sólo cuando no huimos del sufrimiento los hombres nos realizamos como tales. Cuando entraba en la habitación de Sendino tenía la impresión de que me increpaba con un: «¡Mírame, no tengas miedo!». Y yo la miraba a veces, sólo a veces, y esas veces terminaba el encuentro tan reconfortado como abrumado. ¿De cuánta humanidad somos capaces los seres humanos?, me pregunto. ¿Cuánta humanidad estamos en disposición de aceptar? Vivir humanamente, que es a lo que Sendino me invitaba, fatiga lo indecible. Y le parece a uno que así no podrá resistir mucho tiempo más, aunque luego sí que puede. La verdad es que siempre se puede un poco más, y eso mismo -nuestra capacidad de resistencia- es lo que asusta.

«¡Mírame!», me decía Sendino sin palabras cuando entraba en su habitación. «¡Miradla!», digo yo ahora a quienes han leído estas pocas páginas. Para mí ha sido un honor haber conocido a esta mujer. Tengo por cierto que no he estado a la altura de lo que ella esperaba de mí, de lo que Dios esperaba de mí al ponerla en mi camino. Pero me parece que las conversaciones que mantuve con ella, mis visitas, este cuaderno redactado al hilo de sus pocas notas, justifican mi presencia como sacerdote en un hospital. Y eso -debo decirlo- me importa. Creo que cuando llegue mi hora y deba presentarme ante el Padre, entre otras muchas cosas, le diré: «Yo conocí a Sendino».